

CONGRESO
MARIANO

19



18

FEMENINO

Condiciones del trabajo de la obrera

Eugenia Marín Alemany

Una de las clases sociales hoy más necesitada es sin duda la de la joven obrera.

Sus escaseses y sus penas, sus peligros y sus pruebas, las grandes injusticias y las explotaciones inicuas de que es víctima, conmueven los corazones de los que cerca de ellas han podido conocerlas.

Es la clase más débil e indefensa, expuesta de continuo al problema de las lágrimas, tristezas, peligro de la honra y de la vida, desolaciones y abandonos que componen la mayoría de las veces su existencia.

Hay una frase del ilustre Padre Jesuíta du Lac que dice: «A la obrera nadie la atiende, porque como ni se declara en huelga, ni tiene derecho a votar, no se la teme, ni se espera nada de ella». Triste frase! que enciera una gran verdad, pero que no habla muy en favor de los hombres, sino que pone de relieve su egoísmo!...

Gracias a Dios, de poco tiempo a esta parte las cosas van variando, hoy las obreras tienen algunas pruebas del interés y del cariño que han sabido inspirar. Se las conoce más y mejor, se las atiende y van siendo sabidas sus penalidades y sus luchas para ganarse la vida.

Pero este conocimiento alcanza todavía a pocos, es menester que se extienda más y más, a fin de que al enterarse la sociedad de lo que combaten y de lo que resisten nuestras obreras, cuya vida es un heroísmo continuo, se aumente la compasión y el amor hacia esa porción de la humanidad, que trabaja a veces sonriente, aunque sólo debía llorar.

La mujer obrera vive en ciertos oficios bajo el régimen de un salario irrisorio luchando con una miseria inmerecida. En algunos de ellos no gana ni para su sustento diario; ella que fabrica tantos objetos de lujo, carece de los artículos más necesarios para la vida; no puede liquidar su presupuesto, ni siquiera derrochando sus fuerzas y energías, pareciendo por esto muchas de nuestras obreras, la imagen de la muerte.

Así la rehabilitación de la obrera, no es asunto que deba considerarse ajeno al interés de la sociedad de Santiago. Yo creo que todos debemos intervenir en la mejora de su triste situación, aunque sólo sea por sentimiento de compasión.

La mujer es siempre obrera ideal para los dueños de fábricas y de talleres, pues el trabajo femenino es mucho más productivo para ellos. La mujer es más puntual que el hombre, generalmente

no es viciosa, es mucho más laboriosa y constante, y a pesar de todas estas cualidades la obrera recibe la mitad menos de jornal que un obrero.

Si tienen tanto bueno a su favor y tanto más espíritu de trabajo que el hombre ¿por qué hay esas diferencias de remuneración? ¿por qué? Porque nadie casi se preocupa de ellas..., no hay leyes que resguarden y vigilen sus intereses morales y materiales.

La obrera tiene tantas necesidades, y aún más que el obrero, pues si éste es vicioso a ella le toca el sostener a la familia, y esto pasa casi siempre: el sacrificio de la obrera es el salario familiar. La mujer si trabaja no lo hace sólo para sostener sus propios gastos, sino que su sueldo tiene que compartirlo con su familia.

¡Y qué vida tan sin distracciones la de esas pobres!... Siempre abrumadas por el trabajo, sin descanso ni aún para aprender cosas útiles, para aprender algo que pueda servirles para aumentar su jornal.

Si muchas siguen cursos nocturnos o dominicales, las más desisten, pues el excesivo labor diario, no las permite estudiar sin fatigarlas demasiado.

Pasar un día y otro, una semana y otra, inclinadas sobre su trabajo, en un taller donde nadie las trata con cariño; gastarse así la vida, pasar las horas, y acostarse pensando que la mañana siguiente no ha de traer variación a esa vida de lucha y de miseria.

Y esto la mayoría de las veces en plena juventud, cuando se desea disfrutar un poco de alegría, se vive de ilusiones y sólo se desea reír y gozar, sin querer penas ni tristezas.

La tiranía del trabajo las coge a todas muy jóvenes, sin tener conocimientos intelectuales, ni menos morales, debido al centro en que viven: de ahí la ruina de muchas.

Cuando salimos por las calles centrales por las que circulan tantos coches y automóviles; vamos a los paseos y fiestas donde sólo vemos lujo y riqueza, no sospechamos, o si lo sabemos no pensamos que en otras calles feas, oscuras, en viviendas sucias, en cuartuchos donde se ahogan los pulmones, trabajan sin descanso mujeres que, encorvadas, desde que amanece hasta que el cuerpo no resiste más, ven marchitarse sus años, sin que una mano compasiva las consuele y las ayude.

La miseria las rodea, y la miseria es mala consejera, y necesitan las obreras verdadero heroísmo, y mucha base religiosa para resistir a tantas tentaciones.

¡Cuántas infelices se quitan la vida porque les falta el amparo material, y porque en los talleres y fábricas les arrancaron la fe y la esperanza, y sólo vislumbran un porvenir amargo!

Sus vidas se deslizan sin horizontes; pocas, muy pocas son las que encuentran en el matrimonio una felicidad, un descanso.

Y abusan, abusan mucho del trabajo de la obrera. En una encuesta hecha especialmente para este estudio, puede verse en la forma en que se cometen los abusos.

El trabajo que a lo más debe ser de ocho horas, en muchas fábricas y talleres llega hasta 10 horas.

El salario es algo que verdaderamente avergüenza:

Por la docena de camisas de hombre les pagan \$ 2.50.

Por la docena de pantalones \$ 11.00.

Por la docena de blusas \$ 3.30

Las que trabajan en ropa blanca ganan \$ 1.50 diario; las aprendices \$ 0.80.

A las ya un poco más entendidas y que pueden hacer su trabajo sin vigilancia \$ 3.00, y para llegar a esto les cuesta mucho tiempo y mucha constancia.

Hay excepción de uno o dos talleres donde una buena obrera puede ganar hasta \$ 50.00 semanales, pero esto es excepción, en la mayoría el salario de la obrera es pésimo... absurdo...

En otros pagan 60 ú 80 centavos por una docena de pañuelos o servilletas de dobladillo deshilado...; y hay desgraciadas que tienen tanta necesidad que aceptan el contrato, y con él firman como una sentencia de muerte, pues es imposible resistir meses y meses una vida tan dura. No hay pulmones que resistan trabajo tan firme y tan mal remunerado...

¿Qué les puede quedar para gastar en su alimento y en su vestuario... cuando a más de todo les quitan 10 centavos por cada 5 minutos de atraso?

Triste es decirlo, hoy día la mayoría de los comerciantes e industriales, mirando sólo los intereses de su negocio, explotan a la pobre obrera que a pesar de un trabajo excesivo que la debilita y aniquila no alcanza a tener lo necesario, para las necesidades más apremiantes de su existencia.

A domicilio, el trabajo no se puede controlar; en el taller se sabe cuantas horas trabajan; en la casa si la remuneración es poca, tendrán que trabajar todo el día, y muchas horas de la noche para poder reunir una cantidad apreciable. Y trabajan en cuartos oscuros y malsanos, sin aire, sin luz; siquiera en las fábricas y talleres la higiene no está tan descuidada.

Algo muy necesario en los talleres y fábricas es la creación de casas-cunas, anexas al mismo edificio, donde la obrera puede dejar durante el día a sus hijos, pues si quedan en sus casas tienen que pagar una persona para que se los cuide mientras ella trabaja.

Existe en Santiago un sólo taller donde esto está establecido, funcionando con magníficos resultados; si se lograra establecerlo en los principales sería una grande ayuda para la madre, y la salvación quizás de los pequeños expuestos a tantos peligros.

Se ha propagado mucho entre las obreras la idea de formar parte de la «Sociedad de Resistencia», sociedad obrera que deja mucho que desear bajo el punto de vista moral. En ella se favorece toda clase de vicios y se trata de quitarles completamente la fe.

La mayoría de las obreras han tenido que formar parte de ella,

para obtener trabajo y ser bien tratadas por sus demás compañeras. Además en ella se entretienen, se canta, se baila, se declama, y si no tienen otra entretención, todas se entusiasman y se divierten juntas. Puede formárseles centros recreativos y tratar de alejarlas de tan peligrosa sociedad.

Por los accidentes del trabajo muy rara vez se les paga médico y botica; hay ciertas fábricas donde, cuando una obrera cae enferma, pasan una bolsa o alcancía a todas las compañeras, reuniendo de este modo algún dinero; pero debida esta ayuda pecuniaria, como se ve, a iniciativa de ellas mismas.

Hay desigualdad de trabajo según las épocas del año, en verano se suprimen muchos, quedando obreras desocupadas y sin recurso alguno, pues las economías son demasiado pocas, o mejor dicho no las pueden tener. Es raro el taller donde les tienen su caja de retiro forzoso; sólo sé de uno donde cada Sábado les retienen de su jornal 5 centavos por peso; cantidad superflua para ellas pero que poco a poco puede convertirse en algunos pesitos. Ahora sumado en cuenta lo que ganan las obreras, y analizando después sus gastos más necesarios, puede verse que su jornal es irrisorio, y que abusan enormemente del trabajo de la obrera.

Tienen ellas derecho a un estado económico decente que las ponga a cubierto de su propia debilidad y responda de la delicadeza de su sexo.

Y ya que en Chile no existe el remedio eficaz contra estos abusos, como sería la Intervención del Estado, las leyes que se preocupasen del jornal de la mujer, bien podrían todas las señoras católicas unir sus esfuerzos para tratar de mejorar las costumbres, que rigen hoy día en el mundo del trabajo y hacer que éstas sean más justas y más cristianas.
